

## EL ULTRAMAR PORTUGUES

*Política Internacional* no es una revista intemporal. Tiene forzosamente que mostrar su preocupación, y acentuar su atención, respecto de los problemas mundiales cuyo desarrollo cobra más importancia y actualidad durante el período de tiempo a que corresponden sus números. Algunos de esos problemas, a causa de su envergadura y de su complejidad, y a pesar de la rapidez con que se desenvuelve la vida presente, arrastran sus inquietudes por el panorama mundial durante mucho tiempo. Como el convencionalismo llamado de la «liquidación del colonialismo». Pero en ciertos momentos, alguna de sus facetas sube de interés a costa de las otras. Así sucede con la campaña emprendida en las Naciones Unidas contra la subsistencia de las partes ultramarinas de Portugal, por más que todavía se disfrace de discusiones en torno a la naturaleza constitucional de los correspondientes territorios, y—una vez definida unilateral y apasionadamente su supuesta dependencia—sobre la obligación del Gobierno lisboeta de remitir al Secretariado los extensos datos exigidos utilizando la invocación del artículo 73 de la Carta de San Francisco.

En realidad, la cuestión es más vasta. Es una faceta del asalto general a la obra del Occidente euramericano en Ultramar, y singularmente en Africa, para arrasar cuanto tiene de bueno y de malo, de conservable y de corregible, de insustituible y de modificable. Asalto, por cierto, que está caracterizado no sólo por su forma tumultuaria y su alcance en gran parte irresponsable, sino por contraponerse a la consolidación y, lo que es peor, al crecimiento del nuevo colonialismo que aspira a heredar al acometido, y que no sólo se da en Tonkin y el Tibet (y pretende producirse en el Sahara y en Laos), sino que lleva lustros instalado en el corazón de Europa a costa de pueblos de vieja civilización que no necesitaban tutelas. Pero aunque el fenómeno es general, y los españoles tenemos nuestra inevitable parte en sus salpicaduras, los acuerdos de la Asamblea General de 14

de diciembre de 1960 se han dirigido *nominatim* contra Portugal. Y es que el país hermano, contrastando con las vacilaciones y las claudicaciones de otras potencias, ha definido de modo preciso, terminante, arrojado e indiscutible, su posición contraria a la vasta maniobra que se dice anticolonialista. Ello como consecuencia, por una parte, de la trayectoria secular portuguesa, irrevocablemente ligada a una vocación que ha sufrido y superado muchos siglos de contraste, del que es ejemplo colosal el Brasil. Y a su destino, que no puede ser cambiado sin quebranto esencial para la lusitanidad. Así como, por otra parte, de la feliz circunstancias de estar al frente de los destinos de Portugal el estadista más preclaro entre los de nuestra generación. Aunque como no representa a una potencia atómica, y como no habla el lenguaje equívoco de los que quieren contemporizar con el comunismo a costa de los demás, goce de reducido favor en el ambiente conturbado de East River.

*Política Internacional* considera, por tanto, de interés esencial para sus lectores, reproducir el texto íntegro del discurso pronunciado por el doctor Antonio de Oliveira Salazar en la Asamblea Nacional lisboeta el 30 de noviembre de 1960, utilizando la traducción española del Secretariado Nacional da Informação. Quizá el lector no encuentre en su contenido esas novedades sensacionalistas, tan del gusto de los oradores «anticolonialistas», y, por supuesto, que en el estilo equilibrado de Salazar faltan los truenos injuriosos al uso de tantos políticos de países extraoccidentales. En realidad resultarían antitéticos con la claridad de pensamiento y la elegancia de dicción que jalonan la exposición salazarina. Pero, sin dejar de mantenerse dentro de la más ortodoxa tradición portuguesa, el discurso arroja nueva luz sobre algunos aspectos de la campaña anticolonialista, en sí, y aplicada al caso portugués, que suelen pasar inadvertidos a nuestro parecer por sospechoso descuido de sus apologistas. En primer lugar, el anticolonialismo es simplista y ha nacido deformado, creciendo su desviación progresivamente. Porque confunde el caso de las colonias de encuadramiento o explotación, con la situación de los territorios de población pluralizada en su origen y ensamblada en su desarrollo por la aculturación en común, bajo el molde del elemento más aprovechable y valioso que es indudablemente el llevado desde Europa. Esta es la situación del Ultramar portugués, con sus sociedades multinacionales lusitanizadas que se sienten portuguesas, incluso arrastrando por ello desventajas y hasta peligros materiales como en Goa se ha visto. Es, por lo tanto, monstruoso ligar la «descolonización» presentada como etapa final de madu-

rez aceptada libremente, a una independencia no sólo separatista y destructiva, sino ligada a la eliminación del fermento civilizador; lo que supondría el regreso a la barbarie, que no es un peligro hipotético ni un tópico a la vista de lejanos y recientes ejemplos, como alguno próximo a Angola. La descolonización en estos casos, coincide con la integración en un conjunto pluricontinental, cuya cabeza ha de ser lógicamente la antigua metrópoli. Porque la otra dirección conduce tras la barbarie renacida a una nueva enfeudación colonial mucho peor que la combatida, dada la peligrosidad de todas las tutelas hipócritas e irresponsabilizadas. Incluso si proceden de organismos internacionales. Cuya acción se viene exaltando como panacea en los actuales tiempos a causa de la notoria incapacidad de los anticolonialistas para asumir por sí solos la herencia y los deberes de los antiguos tutores euramericanos en desahucio. Porque nadie discute que la «autodeterminación», cuando más, suele ser la expresión explosiva de una voluntad de masas impreparadas e indotadas. Hasta la propia resolución de la Asamblea que hemos mencionado lo reconoce; si bien se ha atrevido a sentar que esa falta de madurez económica, cultural o de otro orden no debe ser motivo para retrasar la independencia; premisa que resultaría ilógica si no fuera una derivación del propósito de fabricar meras emancipaciones de fachada que proporcionen luego abundantes ocasiones de intervención de los anticolonialistas, aunque no igualmente. Porque nadie puede esperar que a la larga, Conacry, Accra o Rabat, puedan codearse con Pekín y Moscú.

El doctor Salazar en su discurso se refiere con la altura de términos en él habitual a la campaña de hostigamiento desarrollada en la O. N. U., y que ha conducido a una deformación de los compromisos sentados en 1945, que son aquellos conocidos y aceptados por los Estados que ingresaron. Hasta el punto de que el Secretariado—flanqueado por varias Comisiones *ad hoc* y por varias «agencias especializadas»—desarrolla ya lo que se quiere prohibir a las metrópolis: su propia política colonial; por cierto que no muy feliz en sus manifestaciones, sean antiguas como Palestina o recientes como el Congo.

Portugal ha declarado sin ambigüedades que rechaza la ingerencia en sus asuntos domésticos—como la conducción de su Ultramar—, aunque no tiene nada que ocultar. Gallardía que, en definitiva, es prudente, porque la táctica de las concesiones de apariencia dilatorias, no aplaca y casi no retrasa. Actitud que debiera ser unánimemente compartida por el Occidente, y dar lugar a una expresión práctica y sostenida de solidaridad. Aunque

sólo escribimos que *debiera* y no que vaya a dar lugar, a la vista del desordenado egoísmo, digamos por inercia diplomática, con que las cancillerías llamadas a dar ejemplo se han limitado a defender algunos de sus intereses concretos, sin preocuparse de más y por lo común con poco éxito. Porque la «metropolización» de la Guayana francesa—con Inini y todo—no ha contenido la avalancha proyectada sobre lo que fué el Magreb francés. Ni la «descolonización» a efectos de la O.N.U. de Puerto Rico ha disminuido los ataques contra el Tío Sam, desde Okinawa a Guantánamo. Esas habilidades resultan erróneas, incluso en los ejemplos de perspectivas provechosas, como el retraso en resolver los problemas de falsa colonización, amistosamente remediabiles—ejemplo, Gibraltar—, o en calcular lo oneroso a largo plazo de los beneficios del instante, como en Kaulun y su vecina isla. Portugal, potencia histórica que no amenaza a nadie tampoco se deja intimidar: el discurso que transcribimos vuelve por los fueros de las buenas normas diplomáticas, arrinconadas en esta época de conferencias vociferantes y declaraciones anarquizantes. Los españoles comprendemos y compartimos aquella buena pauta.

I  
*ESTUDIOS*

